



## Juan Ramón Jiménez en el *Epistolario* de Zenobia Camprubí. Convergencias y divergencias

GRACIELA PALAU DE NEMES

Ponencia dictada el 7 de noviembre de 2006 en el seminario *Zenobia, hoy* celebrado en la Residencia de Estudiantes con motivo de la publicación de *Epistolario I, Cartas a Juan Guerrero Ruiz, 1917-1956*

En la correspondencia de Zenobia Camprubí a Juan Guerrero el tema principal, como es de suponer, es Juan Ramón Jiménez, pero no es el único. La corresponsal, mujer culta y activa, habla de ella, de sus intereses, de sus ocupaciones, del lugar dónde viven, de los que les rodean... y el oyente se entera cada vez más del carácter de esta extraordinaria mujer que fue la musa, la colaboradora y el más grande apoyo que tuvo en su vida su marido, el poeta Juan Ramón Jiménez.

Hay una curiosa relación entre las fechas en que estos corresponsales llegaron a Madrid y conocieron al poeta. Guerrero de Murcia, llegó en 1910 como estudiante de Leyes. Zenobia, catalana, llegó con sus padres en la misma fecha, a establecer residencia en Madrid. En 1913, Guerrero, admirador de la poesía de Juan Ramón, fue a conocerlo a una pensión donde el poeta se hospedaba desde su llegada a esa ciudad a finales de 1911. Allí paraba también una pareja norteamericana a quien Zenobia visitaba a menudo. Enamorado de ella al verla pasar y oírla reírse, el poeta



pidió que se la presentaran y así la conoció, en una conferencia en la Residencia de Estudiantes, en el mismo año de 1913 en que Guerrero conocía a Juan Ramón.

Entre el *Epistolario*<sup>1</sup> de Zenobia y el libro *Juan Ramón de viva voz*, escrito por Guerrero a partir de su primer encuentro con el poeta, hay también paralelismos. Su autor lo llamó un «diario» de sus conversaciones con Juan Ramón y a esa clasificación se han acogido otros.<sup>2</sup> La correspondencia de Zenobia a partir del exilio en América también puede considerarse un «diario» por referirse a actividades de cada día y por la frecuencia con que se escribe. También hay cierto paralelismo en cuanto a la asiduidad de los «diarios» de Guerrero y las misivas de Zenobia. Los escritos de Guerrero empiezan en 1915 y saltan años, son pocos los de los años 20 y aumentan en 1936. Las cartas de Zenobia empiezan en 1917, ya casada, saltan años, son pocas la de los años 20 en adelante y aumentan en 1936.

Zenobia empieza a escribir agradeciéndole al «distinguido amigo» regalos de flores que continúan incluso al casarse él con Ginesa Aroca y pasan a ser «queridos amigos» y «buenos amigos» según progresa la correspondencia. A partir de 1935 Zenobia mantiene una relación propia con Guerrero, que tiene que ver con los asuntos de ella en Madrid donde estableció una tienda de arte popular español que contribuyó a la renovación de labores de aguja y revivió la artesanía española, dando a conocer en el exterior lo mejor de

---

<sup>1</sup> *Epistolario de Zenobia Camprubí a Juan Guerrero Ruiz 1917-1956*, ed. de Graciela Palau de Nemes y Emilia Cortés Ibáñez, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes (de próxima publicación).

<sup>2</sup> Los prologuistas de Juan Guerrero Ruiz, *Juan Ramón de viva voz*, prólogo de Ricardo Gullón, Madrid, Ínsula, 1960, pág. 10; 2ª ed., vol. I (1913-1931), prólogo y notas de Manuel Ruiz-Funes Fernández, Valencia, Pretextos, 1998, pág. 18.



este arte. Anticipó también nuevos caminos de acción para la mujer como agente comercial y nuevos campos de estudio como decoradora.

En carta a Guerrero del 1 de febrero de 1935, referente a la decoración del Parador de Ifach, en la costa de Alicante, Zenobia demuestra su conocimiento en ese campo. Su labor tiene que ver con el mobiliario, lámparas, cortinas, color de las paredes, alfombras, manteles, vajilla, membrete del papel de cartas y dónde estas cosas se hacen o se pueden conseguir.

En la última carta escrita a Guerrero en Madrid el 11 de agosto de 1936, Zenobia habla de los doce niños que habían pedido a la Protección de Menores y dice que habían desplazado toda su vida anterior y los absorbía por completo, que disfrutaban de ellos. Y en cuanto a Juan Ramón: «El hombre que toda su vida buscó el silencio vive en el más completo estruendo y estrépito» y termina: «Sea lo que fuere vamos a cambiar radicalmente de vida». Cambiaron, pero no por los niños, sino por su súbito e inesperado viaje a América el 20 de agosto de 1936. Allí recogieron fondos para mantener a los chicos cuatro años más.

Zenobia le escribió de nuevo a Guerrero desde Nueva York, el 6 de septiembre de 1936, explicando por qué no pudieron despedirse de ellos, pero no por qué se marcharon. En la segunda carta de América, que Zenobia escribe desde la Universidad de Puerto Rico, fechada el 13 de octubre de 1936, se establecen dos hechos importantes: 1) que ella escribe por Juan Ramón y 2) hasta qué punto estiman a los Guerrero. Dice: «Aquí

---



estamos Juan Ramón y yo juntos, escribiéndoles, aunque sea yo la única que maneja la pluma. Es Vd. la única persona consecuente con nosotros, que nos escribe noticias de todo.» Zenobia seguirá manejando la pluma y hablando por Juan Ramón. En esa misma carta, aún cuando ellos no tenían asegurado su futuro, les ofrecen a los Guerrero refugio en América. Dice Zenobia:

«Ahora vamos a hablar de Vd. [...] Como no se sabe nunca lo que nos reserva el porvenir, queremos decirle que, cuando no pueda Vd. seguir siendo útil a la República (que ojalá no sea nunca) pero si se diera el caso, Vd. nos cablegrafiaba pidiendo que les situáramos fondos donde fuera y cuánto necesitaba, pues aquí en la Universidad de Puerto Rico, puede Vd. también hacer una labor utilísima y en este sentido se le enviará una invitación cablegráfica. Aún cuando el sueldo sería pequeñísimo en un principio, aquí la vida es sumamente barata y los medios de educación excelentes, en condiciones muy económicas. Así que Vd. ya sabe [...]».

Desde ese momento en adelante los Jiménez se valen de todos los medios a su alcance para enviar ayuda a los Guerrero, a miembros de la familia del poeta y a amistades íntimas. Según mejora la situación de España, los Guerrero se ocupan de las cosas de los Jiménez que se fueron de allí con poco equipaje dejando atrás todas sus pertenencias.

Paulatinamente los Guerrero se convierten en agentes y gerentes de la pareja. Intervienen con los editores de la obra de ellos, se ocupan de su piso en Madrid, van restituyéndoles sus pertenencias, cuidan de sus libros y manuscritos, les mandan libros y revistas que los mantienen al corriente de la producción literaria de España. Por su parte, Zenobia y Juan Ramón con

absoluta confianza en Juan Guerrero, le hacen custodio de sus finanzas de las que disponen según sus indicaciones. Zenobia les asigna cantidades para su propio uso y para regalos en las celebraciones y bodas de la familia y también les envían libros y revistas para el hijo arquitecto, Juan Arturo, y toda clase de cosas útiles que iban apareciendo en el mercado de América.

El intercambio es constante, valiéndose Zenobia de cuántas personas iban y venían de España. Guerrero a quien García Lorca llamó «Cónsul de la Poesía», hacía verdadero papel de cónsul de España. Zenobia le recomendaba cuántas personas iban en labor cultural: amigos escritores, profesores universitarios, dignatarios, sabiendo que no había mejor guía ni representante que él en su país.

Aparte de los hechos que hemos mencionado, el *Epistolario* de Zenobia ofrece un dato importantísimo en cuanto a la poesía de Juan Ramón e ilumina la vía que lo lleva a *Animal de fondo*, la culminación de su obra. Tiene que ver con dos únicos poemas que el poeta escribió en Cuba hacia el final de su estancia en La Habana, titulados «El más fiel» y «La noche mejor», inspirados en la muerte, durante la guerra civil española del sobrino-ahijado Juan Ramón Jiménez Bayo y de Julito, el pequeño hijo de los Guerrero. En el *Epistolario* hay repetidas menciones a este último poema.

La brusca salida de Zenobia y Juan Ramón de España y la residencia en Puerto Rico y Cuba afectaron su creación poética. Juan Ramón había resuelto el problema de su sensualidad y sexualidad, notable en la primera época de su poesía, al casarse con Zenobia. En la seguridad de su amor, su



poesía tomó otro rumbo, se define su búsqueda como ontológica y el hablante se va dando cuenta de que la verdadera dimensión de la existencia está en el infinito espacio donde todo se transmuta pero permanece. En esta visión interviene el entrañable amor del poeta a su tierra.

En la última poesía escrita en España, la identificación de Juan Ramón con el espacio natural es total. El último libro que allí escribió: *La estación total con Las canciones de la nueva luz (1923 a 1936)*,<sup>3</sup> es un canto a la naturaleza, al espacio, a su armonía y plenitud, que es como la de su estar. En «El otoñado», de esa colección, el hablante se identifica con el cosmos.

Pero el poeta aún no ha encontrado lo que busca, como lo expresa en la última estrofa:

Y lo soy todo,  
Lo todo que es el colmo de la nada  
el todo que se basta y que es servido  
de lo que todavía es ambición.<sup>4</sup>

En *Las canciones de la nueva luz*, segundo título de *La estación total* en el que ensalza a la mujer, demuestra un nuevo conocimiento, no se resuelve el problema ontológico pero los caminos son más claros. Al partir el poeta de España desapareció esa posible armonía. Se nota el cambio en los poemas

---

<sup>3</sup> Juan Ramón Jiménez, *La estación total con Las canciones de la nueva luz (1923-1936)*, Buenos Aires, Editorial Losada S.A., 1946.

<sup>4</sup> Juan Ramón Jiménez, *La estación total con Las canciones de la nueva luz (1923-1936)*, cit., pág. 17.



que escribe en alta mar hacia el destierro y «por los que no escribí» en Puerto Rico y Cuba.

En *Lírica de una Atlántida*, la bien documentada edición de Alfonso Alegre Heitzmann que recoge la poesía de Juan Ramón escrita en América,<sup>5</sup> aparecen diez poemas anteriores a los escritos en los Estados Unidos a partir de 1939, en nueve de ellos, ha desaparecido la feliz visión del mar de libros como el *Diario de un poeta recién casado*, de 1916. En seis de ellos repudia el mar y en los tres restantes muestra su desencanto en el título general «Mar sin caminos».

Algunos estudiosos y críticos de la obra de Juan Ramón, sin ninguna mala intención han desmentido al poeta cuando dijo que en sus primeros años en el exilio no había podido escribir poesía.<sup>6</sup> En las Antillas Juan Ramón escribe prosa, exalta a los habitantes; pero no a la naturaleza. La obra de entonces muestra su falta de avenencia con ese nuevo espacio. En «Derecho y revés» se queja de que España le da su cuerpo y alma, su paraje, su luz,

---

<sup>5</sup> Juan Ramón Jiménez, *Lírica de una Atlántida (1936-1954)*, edición de Alfonso Alegre Heitzmann, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1999.

<sup>6</sup> Ver: Juan Ramón Jiménez, *Cartas* (Primera selección), recopilación, selección, ordenación y prólogo de Francisco Garfias, Madrid, Aguilar, 1962. En carta a Enrique Díaz Canedo, de Washington, 6 de agosto, 1943, le dice Juan Ramón: «En la Florida empecé a escribir otra vez versos. Antes, por Puerto Rico y Cuba, había escrito casi exclusivamente crítica y conferencias.», pág. 374. Esta aseveración aparece en otros escritos. Alfonso Alegre Heitzmann no ha podido verificar la fecha de creación de los nueve poemas de «Mar sin caminos». En algunos se indica que fueron escritos en el Atlántico, otros están fechados en La Habana. Sabiendo que la mayor parte de los poemas de Juan Ramón corresponden a una inmediata reacción, a un conocimiento, un sentir, impresión, podemos asegurar que la inspiración de los poemas negativos de la visión del mar surgió durante el viaje al exilio. Juan Ramón puede haberlos corregido, completado, revisado, en las Antillas, pero de ningún modo pueden haber sido inspirados en ese espacio.

su lengua y le quita la libertad y América le da su libertad y le quita el alma de su lengua, el alma de su luz y el alma de su paraje.<sup>7</sup>

Al marcharse Jiménez de Cuba, en la Florida, Estados Unidos, tierra ancha como la de España y en la tranquilidad de entonces, silencio y aislamiento, el poeta empieza a notar la semejanza de ese espacio con el de Moguer y lo dice en su poesía, en el poema «Este árbol que me parte», en los primeros versos de cada estrofa: «Cada vez oigo mejor...», «Cada vez me entiendo más...», «Cada vez con más unión...».<sup>8</sup> Después de eso vendrá el gran poema «Espacio».

Como implica Mercedes Juliá en su estudio de esa obra, en la gran dimensión del continente norteamericano, Juan Ramón adquiere conciencia del espacio ilimitado del cual el espacio creado comprende todo el universo, la conciencia creadora del espacio del poema pasa a ser parte misma del universo creado.<sup>9</sup>

De allí a *Animal de fondo*, de 1949, la poesía de la trascendencia del ser, del vencimiento de la muerte, del encuentro con un dios que al fin y al cabo es, como dice en el mencionado libro:

El dios que es siempre al fin,  
el dios creado y recreado y recreado  
por gracia y sin esfuerzo.

---

<sup>7</sup> *Ibid.*, pág. 133.

<sup>8</sup> Juan Ramón Jiménez, en «Canciones de la Florida», *Lírica de una Atlántida*, cit., pág., 86

<sup>9</sup> Mercedes Juliá, *El universo de Juan Ramón Jiménez. (Un estudio del poema 'Espacio')*, Madrid, Ediciones de La Torre, 1989, pág. 73.





El Dios. El nombre conseguido de los nombres.<sup>10</sup>

Y ahora nos ocuparemos del poema de que se habla en el *Epistolario* de Zenobia, que consideramos indicio de la resolución del problema ontológico en *Animal de fondo*.

Mencionamos ya que los Jiménez y los Guerrero sufrieron dos grandes y parecidas tragedias durante la guerra civil española. El 13 de febrero de 1938, Juan Ramón Jiménez Bayo, sobrino ahijado del poeta murió en la batalla de Alfambra, en Teruel y el 30 de noviembre de ese mismo año murió Julito, el pequeño hijo de los Guerrero.

Juanito Ramón fue estudiante de Derecho y voluntario del ejército falangista, pasó a ser alférez durante la guerra civil y murió atravesado por los cascotes de un proyectil de cañón enemigo. *Apolo*, semanario independiente de Moguer, publicó el 15 de febrero de 1940 un número conmemorativo en su honor. Decía: «Patriotismo, religiosidad, valor sereno, ansias de una España mejor, fe plena en sus ideales sanos...». Esta información es necesaria para entender mejor el poema «El más fiel» que Juan Ramón escribió a su muerte, en 1939:

Cantaron los gallos tristes  
como señal del destino;  
el hombre se puso en pie,  
miró sin sueño al abismo.

---

<sup>10</sup> Juan Ramón Jiménez, «El nombre conseguido de los nombres», en *Animal de fondo*. Con la versión francesa de Lisandro Z. D. Galtier, Buenos Aires, Editorial Pleamar, 1949, pág. 14.



Pero, ante la luz rojiza  
que recortó el roto pino,  
uno, que era diferente,  
siguió tendido lo mismo.

Habló el otro que llegó,  
vino el animal sumiso,  
un humo olía a mujer,  
abrió la puerta el camino.

El pájaro, el trigo, el agua,  
todo se erguía en lo limpio;  
pero no se levantaba  
uno, el que era distinto.

(¿Dónde saludaba el pájaro,  
dónde oía el arroyillo,  
desde dónde se miraba,  
como otra espiga, tendido?)

Pero no se levantaba  
uno, el que era distinto,  
pero no se levantó  
uno que estaba en su sitio.

(Donde el que tendido está  
está de pie, como un río,  
sed una hecha agua una,  
solo leal espejismo.)



Pero no se levantaba  
uno que ya estaba fijo,  
uno, el que estaba ya en él,  
uno, el fiel definitivo.<sup>11</sup>

En este poema no se habla de un muerto, sino del «tendido». Empezaba el día y todo se erguía, menos él. No se dice que el tendido estaba muerto sino «en su sitio». Se exalta la voluntad que lleva a actuar a un ser y fija para siempre su destino. En la descripción del espacio del tendido, participa toda la naturaleza, todo lo que sigue siendo, afectado el espacio, entristecido en los primeros dos versos, pero después se alumbró el abismo, todo renace y el que sabemos muerto, también ha renacido (en la quinta estrofa). Se implica que la muerte, cumplido el ideal de la vida, es el verdadero sitio de estar. Nótese los versos: «uno que estaba en su sitio» y «uno, el fiel definitivo».

En la penúltima estrofa, los bellos y españolísimos versos: «nuestras vidas son los ríos / que van a dar a la mar / que es el morir» adquieren un significado positivo, niegan la muerte. Este río «de pie» no va a dar a la mar que tiene límite, sino que sigue corriendo en una dirección vertical que es infinita. Los versos que siguen necesitarían de una explicación filosófica que somos incapaces de acometer: «uno, el que estaba ya en él», es decir, en la otra parte que la corporal, el ente que creemos que queda permanentemente, el espíritu. El poema no menciona ni admite la nada de la muerte, implica que hay un algo más allá que completa el ser.

---

<sup>11</sup> Incluido en «Romances de Coral Gables», *Lírica de una Atlántida*, cit., pág. 136.



En la carta del *Epistolario* del 25 de agosto de 1939, Zenobia se queja de que no les llegara a los Guerrero la carta que les escribieron al saber de la muerte de Julito y les ha dolido más aún «porque habíamos intentado tantas cosas infructuosamente para sacarlos de España antes de que ocurriera una desgracia». Anteriormente, el 16 de enero de 1939, acusaron recibo de «los recordatorios tan preciosos de Julito». Zenobia habla de la copia de un poema de Juan Ramón «escrito en hondo dolor por todos los Juanitos y Julitos de España» del que no le habían acusado recibo. Se trata del titulado «La noche mejor». En este poema, como en «El más fiel», la noche y la madrugada son símbolos del morir y renacer; pero en «La noche mejor», el serenado está tendido en su cama, como suelen estar los niños, no en el campo, como el soldado-ahijado:

Como yo lo serené  
y como se durmió en gracia,  
el ruiseñor le cantó  
la noche y la madrugada.

Las estrellas más azules  
bajaron hasta su cama,  
aguas de todos colores  
de lo lejos se acercaban.

— ¿Oyes el ruiseñor? — Sí,  
me dijo con voz lejana,  
con voz cercana me dijo:  
— Lo oigo, sí, ¡qué lindo canta!



¿No había de oírlo lindo  
si, partido en cuerpo y alma,  
iba y venía de mí,  
con él estaba y no estaba?

¿Si, perdido en su verdad,  
si, con su verdad ganada,  
sonlloraba y sonreía  
su pérdida y su ganancia?

¿No había de oírlo lindo  
si, ya cerrada su cara,  
lo oía desde su fin,  
desde su todo y su nada?<sup>12</sup>

Este hermético poema se puede entender sabiendo que corresponde a la muerte de un niño. En el poema del soldado-ahijado, «El más fiel», los elementos de la naturaleza se yerguen; pero en el de Julito las estrellas, es decir, la noche baja a él. No hay río simbólico del correr de nuestras vidas, hay aguas de colores como conviene a un niño. El poema representa el desencanto por una vida no vivida. El ruiseñor es el poeta «partido en cuerpo y alma». Creemos que la penúltima estrofa se refiere también al poeta, a su nueva convicción expresada en las frases «su pérdida y su ganancia». Es decir: dejar de ser en su ser natural es la pérdida y seguir siendo de otro modo en el espacio es la ganancia. En la última estrofa, el verso «ya cerrada su cara» es un inmensurable logro poético. Un niño percibe por la cara y en la cara se percibe su existir: ver, oír, oler, gustar,

---

<sup>12</sup> *Ibid.*, pág. 131.



sentir, es decir, estar vivo. De nuevo, el poeta rehúsa mencionar la muerte. En cuanto a los versos finales: «lo oía desde su fin / desde su todo y su nada» les podemos atribuir el significado que la verdadera nada es el fin de una vida no vivida.

La información en las cartas de Zenobia ayuda a penetrar el significado de este poema, atribuido incorrectamente por algunos escritores al sobrino-ahijado de Juan Ramón, y que confirman su declaración que en los primeros años en el exilio no había podido escribir poesía. Es indicativo el hecho de que estos poemas que hemos comentado fueron publicados por Juan Ramón bajo el título general «Romances de Coral Gables», desplazándolos de Cuba y bajo el título mayor «En el otro costado» que incluye los poemas del reencuentro con su poesía, del volver a comulgar con su espacio en una salvadora concepción espacialista del ser, adquirida en el mayor espacio de los Estados Unidos.

En cuanto a otros aspectos de la correspondencia de Zenobia con los Guerrero, no se le castigue si no encuentran en ella hondos pensamientos, memorables frases, altos giros de estilo, aunque sí hay bellas descripciones y párrafos sobre la naturaleza, las flores y los jardines que la rodean y los lugares históricos que visitan. Tampoco hay en las cartas la emoción de los *Diarios*, pero se ve que las grandes preocupaciones y la mayor diligencia de Zenobia fueron siempre por su marido, por su obra, por su bienestar.

Hablan las cartas de los períodos de actividad creadora de Juan Ramón, que fueron pocos en los últimos años en Puerto Rico. El amor a su mujer inspiró su poesía final, los poemas *De ríos que se van*, de 1951-1952.

En 1954 Juan Ramón corrigió su obra, pero su numerosa colaboración para periódicos y revistas era de cosas ya escritas, poemas que fueron corregidos y actualizados en esa fecha. También ayudó el poeta a su mujer en esa época a organizar papeles y libros destinados a la Sala de la Biblioteca de la Universidad de Puerto Rico que lleva sus nombres.

Como en los *Diarios*, la escritura de Zenobia adolece de confusiones debidas a su bilingüismo español-inglés. Emilia Cortés Ibáñez da detallada información sobre este asunto en el *Epistolario* a Juan Guerrero.

En la última carta a los Guerrero, Zenobia está, en sus palabras: «bárbara y totalmente quemada por los rayos X». Por el *Diario 3*<sup>13</sup> sabemos que dos días antes fueron «desesperantes de dolores exacerbados», pero en sus cartas no habla de su agonía moral y física. Su actitud y fortaleza de espíritu son edificantes.

Antes del mes de su última carta a los Guerrero, del 24 de julio de 1956, Zenobia salió de Puerto Rico para el Massachusetts General Hospital de Boston, donde el oncólogo no pudo intervenir porque estaba muy lastimada y le pidió que volviera a los dos meses; pero ya no había remedio para su mal. El 13 de septiembre escribió en su diario por última vez, el 20 regresó a Puerto Rico a recluirse en una clínica donde murió el 28 de octubre de 1956, a los tres días de anunciado el Nobel a su marido. Ni entonces ni después, Juan Ramón pudo escribir una elegía a su muerte,

---

<sup>13</sup> Zenobia Camprubí, *Diario 3. Puerto Rico (1951-1956)*, ed. de Graciela Palau de Nemes, Madrid/Puerto Rico, Alianza Editorial/La Editorial, Universidad de Puerto Rico, 2006.



tampoco pudo escribirla cuando murió el llorado Juan Guerrero el 30 de abril de 1955, con lo que quedó igualado su amigo más fiel con Zenobia, la persona que Juan Ramón más quiso en su vida.